





LEONARD, Robert Z.

La Novela Metro-Goldwyn

Publicación semanal de argumentos
de películas de

Núm.

METRO-GOLDWYN-MAYER

25

1

:: y FIRST NATIONAL ::

Cénts.

Ediciones BISTAGNE. - Vía Layetana, 12. - Barcelona

EL SEXO DÉBIL

(THE WANING SEX, 1926)

Adaptación cinematográfica de la comedia
de Frederick y Fanny Hatton

INTERPRETADA POR

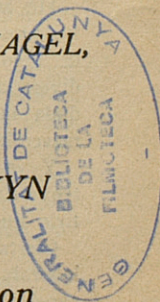
NORMA SHEARER, CONRAD NAGEL,
etc.

Producción METRO-GOLDWYN

EXCLUSIVA DE

Metro-Goldwyn Corporation

Mallorca, 220.—BARCELONA



EL SEXO DÉBIL

Argumento de la película

¿Cuál es el sexo débil?

He aquí el problema... pues en estos tiempos de nadadoras veloces, tennistas invencibles y boxeadoras de peso, con poco pelo y mucho músculo, la línea divisoria se va esfumando, hasta llegar a poner en duda la feminidad de ciertas niñas y los derechos masculinos de algunos pollos.

Y ya que se trata de un asunto que huele a controversia, ¿qué mejor lugar para empezar a discutirlo que la oficina de un abogado?

Cierta mañana, como de costumbre, los empleados laboraban en silencio sobre sus mesas cargadas de papeles. Una numerosa clientela iba renovándose para enterarse de la tramitación de los asuntos. El abogado era persona distinguida, atrayente, y los pleitos iban hacia él con la seguridad de la confianza.

Alguien llamó al teléfono preguntando por el jefe.

—¿De parte de quién?—respondió la encargada.

—Dígale que soy el fiscal José Barry...

La telefonista, por medio de una comunicación interior, llamó a un viejo empleado.

—El fiscal llama al jefe...

El empleado, a su vez, transmitió la noticia a su superior:

—El fiscal llama al jefe...

El alto empleado telefoneó al secretario general del abogado:

—El fiscal llama al jefe...

—Voy a advertir...

El secretario, un hombre afeminado, suave, presuntuoso, entró en el despacho del jefe.

Era el abogado, Nina Duane, una hermosísima mujer, que había terminado un par de años antes la carrera y la ejercía con el éxito y la seducción de la novedad.

Abogada y mujer, ambos de pies a cabeza, estaba encariñada con su profesión, pero al propio tiempo no dejaba de ser una fémina exquisita, alejada totalmente del concepto feo de la sufragista.

Cuando se presentó el secretario, Nina dictaba unas notas a una taquígrafa, mientras una chica le hacía la manicura y un individuo limpiaba sus finos zapatos.

—La llaman por teléfono, Nina... es el fiscal...

—¡Ah!.. que aguarde un momento...

Entraron unas modelos vistiendo elegantes trajes que Nina había encargado unos días antes.

El secretario, verdadero espíritu de modisto, iba indicando ahora la belleza de los vestidos.

—Aquel vestido de "georgette" negro, quedaría encantador con una combinación naranja...

Nina elegía los más hermosos trajes, deseosa de aparecer siempre bella y elegante.

Y entretanto, el fiscal José Barry, un muchacho de brillante carrera, casi novio de Nina, se impacientaba ante el aparato...

—Un poquito de calma, señor—advertía la telefonista.

—Ya se me está acabando...

Y murmuró para sí: ¡Oh, esas mujeres modernas!...

El tenía de las hijas de Eva un concepto más suave y dulce. No las quería ver en el foro, ni en la medicina, ni en el comercio: las prefería en el silencio del hogar, sirviendo de mueble de lujo.

¡Qué simpáticas eran las mujeres dedicadas a las actividades del negocio!

Pero en el fondo tenía que confesarse que Nina, a pesar de su carrera de abogado, era una mujer divina, llena de toda la fragancia de una feminidad dulce...

Gritó de nuevo ante el aparato, protestando contra aquella tardanza insólita. Llamaron otra vez al teléfono. El secretario advirtió:

—El señor fiscal se impacienta...

Nina corrió al aparato.

—¿Qué te pasa, Barry?

—Creí que te tenían comunicada.

—¡Nada de eso!... El trabajo... que me agobia.

—¡Oyeme!... Mañana doy una pequeña fiesta en mi casa de campo y cuento contigo. Salgo hoy, en el tren de las cinco veinticinco. ¿Te adhieres a la partida?

—Desde luego. Aguárdame en el andén. Y... adiós... Pepe...

Dejó el aparato y sonrió... Le era agradable ese mozo, que la cortejaba con asiduidad... ¡Si no fuera por sus ideas retrógradas contra la mujer!...

Aquella tarde el fiscal se dirigió puntualmente a ocupar su sitio en el vagón. Había esperado un buen rato a Nina en los andenes, y temiendo perder el tren, optaba por subir a un coche.

—¡Esa Nina... siempre retrasándose!...

Ocupó un asiento, guardando otro por si venía la muchacha... Antes tuvo una palestra con una señora que quería apoderarse del sitio vacío...

La voz del jefe de estación le sulfuró:

—¡Señores viajeros, al tren!

¡Estúpida Nina! ¡No iba a llegar a tiempo! Y en el fondo de su indignación, pensaba en lo melancólica que sería la fiesta en el campo, si Nina, a pesar de sus rarezas, no la animara con el encanto grato de su persona.

Uno de los empleados iba a cerrar las puertas del andén... En aquel momento llegó Nina.

—No se puede pasar, señorita...

—Todavía no ha salido el tren... Abrame, señor...

Y sonreía de modo adorable, mirando al viejo empleado con aquellos ojos negros y reidores que parecían acariciar.

—Pase... pase... señorita...

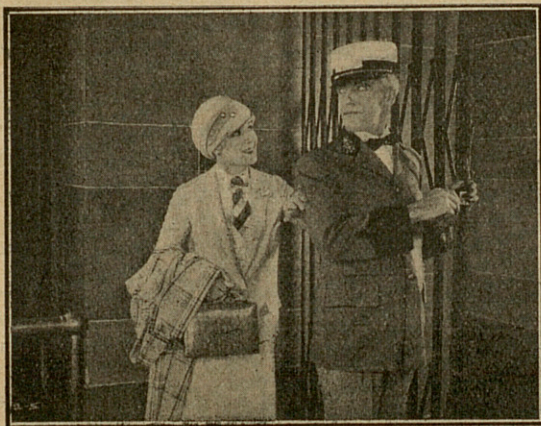
Y le abrió la puerta a esa linda viajera a la que tal vez no viese más... ¡Gentil criatura!

Nina subió al coche en el instante en que el tren arrancaba.

Barry acababa de verla y se levantó para ir a su encuentro. Mas a fin de que no le quitasen el sitio

dejó su sombrero de paja sobre el asiento. Una viajera que estaba de pie sentóse tranquilamente en él.

—Señora, se sentó usted encima de mi sombrero — gritó Barry.



...sonreía de modo adorable, mirando al viejo empleado...

—Joven... ¿quién le manda poner su sombrero en el asiento?

—¿Y quién le manda a usted poner el asiento en el sombrero?

No quería nuevas discusiones. Pero indignado contra el sexo débil, el fiscal fué al coche donde de pie en un pasillo estaba Nina Duane.

—¡Oh, las mujeres! — le dijo al verla—. ¡Siem-

pre tarde!... ¡Con el magnífico asiento que te estaba guardando!

—¿Dónde estaba el asiento, en tu cabeza? — le respondió riendo.

—¡No seas irónica!... Mira cómo me han puesto el sombrero... Y finalmente para que te tengas que estar de pie...

—¡Bah! No me cansaré... no te preocupes...

Un viajero que permanecía sentado se levantó y le brindó el sitio a Nina.

—Muchas gracias, señor...

Ella se sentó muy alegre. Se reía al ver el rostro enfurecido de Barry.

—Eres inaguantable... Por tu culpa yo he perdido mi asiento... — repetía el fiscal.

—¿Estás cansado? ¡Pobrecito! ¿Me permites que te ofrezca el mío?

—No te burles de mí...

El tren se acercaba a una estación. Una viajera que estaba al lado de Nina se levantó y dijo al fiscal:

—Tome usted mi asiento, señor.

Barry la miró, agresivo.

—De ninguna manera... gracias...

Y contemplaba a Nina que le había puesto en ridículo.

El tren paró en un pequeño pueblo. La mujer se levantó por segunda vez:

—Tome mi asiento... haga el favor...

—Muchas gracias... No quiero aceptar...

Y con el brazo la obligó a caer de nuevo en el sitio.

—¡A ver si va a poder ser! — gritó la mujer poniéndose en jarras—. ¡Que me bajo aquí! ¡Que aquí acaba mi billete!

Y pasó lanzando una mirada de desprecio al fiscal. Este estaba encendido. ¡Bonita plancha!

Sentóse al lado de Nina disgustado, mientras la muchacha a su lado se reía bonitamente... Los hombres ¡qué graciosos son a veces! ¡Quieren hacerlo todo bien... y dejándose llevar por su genio caen en el ridículo!

El no la escuchaba, y Nina comenzó a leer un periódico.

—Fíjate lo que dice este sesudo diario. Estoy de acuerdo con él... — dijo la joven.

—Alguna tontería...

—Escucha:

LA MUJER SE IMPONE

Los progresos de la mujer en el campo de la política se van acentuando todos los días. Los triunfos del gobernador de Tejas y el alcalde de Seattle, ambos mujeres, son pruebas evidentes de la creciente superioridad femenina y de la decadencia del sexo fuerte.

—Admirable... tiene razón... el mundo en lo sucesivo será nuestro, de las faldas... — comentaba Nina riendo.

—¡No digas tonterías! ¡La mujer está de más, tanto en la política como en los negocios!

—Todo lo contrario, señor fiscal... Ha llegado el día en que las mujeres dominaremos la tierra. En el peor de los casos, no lo haremos tan mal como vosotros...

—¡Cállate! ¡Los negocios son para los hombres! ¡Para las mujeres... natillas!

Iba acalorándose; hablaba con vehemencia.

—La misión de la mujer es llenar cunas y no sillal de escritorio.

Los viajeros escuchaban con atención al improvisado orador.

—Ya acabaría yo con abogadas y demás tontorías... — gritaba.

—¿De veras? — decía ella, burlona—. ¡Pepito de mi alma!... ¡Qué bien estarías vendiendo fresas! ¡Tienes buena voz...! ¡Atraes a la gente...!

—No quiero discutir contigo... No nos entenderíamos. ¡Eres inaguantable!

Calló, maldiciendo interiormente los humos de las mujeres del día. ¡Cada una creía tener en su alma algo genial!

Nada más se dijeron durante el resto del viaje. Y unas horas después, llegaban a la comarca donde él tenía su casa de campo... En apariencia habían hecho las paces...

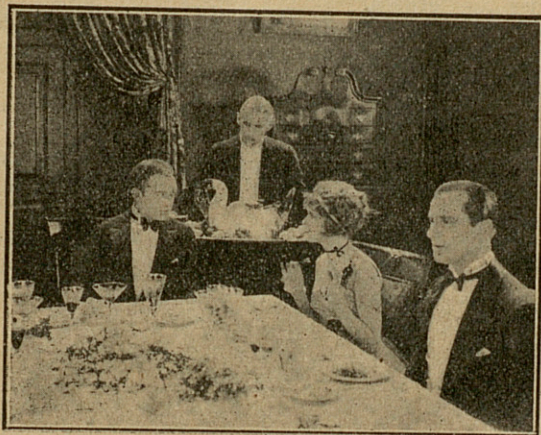


Así estaban las cosas. En la comida de aquella noche en casa de Barry, reinaba la calma que precede a ciertas tempestades.

Barry presidía la mesa, teniendo a un lado a Nina Duane y al otro a Rosa Bell, una hermosa viuda de las que reinciden, una criatura enemiga acérrima de las actividades que tan gustosamente hacían feliz a la abogada.

El resto de la mesa estaba ocupado por varios amigos del fiscal. Barry lanzaba de vez en cuando severas miradas a Nina que sonreía burlona, coqueta...

Para darle celos, queriendo vengarse de sus infu-



En la comida de aquella noche en casa de Barry...

las de letrada, Barry parecía muy complacido con la conversación de la señora Bell. Esta mujer de buen parecido deseaba cazar para marido a este joven fiscal de brillante carrera.

Distraídamente Barry vació una copa de champaña manchándose toda la manga del frac.

Rosa acudió rápidamente a limpiarle con un pañuelo de seda,

—¡Qué lástima! Pero aquí es donde cuadra la habilidad de una mujer de su casa.

Ella conocía cómo pensaba el fiscal respecto de este punto y miraba a Nina pareciendo desafiarla...

—Es verdad — contestó Barry—. Es el mejor adorno que puede tener una mujer: saber cuidar de todas las cosas pequeñas, insignificantes, del hogar...

Nina sonrió. ¡Ah, estas palabras! Pero en vez de herirla, la hacían reír...

Insistió Rosa en sus sátiras contra la abogada a la que odiaba considerándola su rival.

—Yo creo, señor Barry — dijo —, que las mujeres no deberían tener otra profesión que la de la mujer.

—Todas las demás les sobran... — respondió el fiscal, mirando a Nina.

Esta, con dulce calma, indicó:

—A propósito, señora Bell... Usted comprende a los hombres ¿verdad?

—¡Ya lo creo! ¡Como que me he casado dos veces!...

—Pues entonces usted realmente cree que la mujer debe tener una profesión. La suya es bien definida: coleccionar maridos...

—¡Señorita...!

—La mía es distinta... laborar por la justicia... y siempre saber ser mujer...

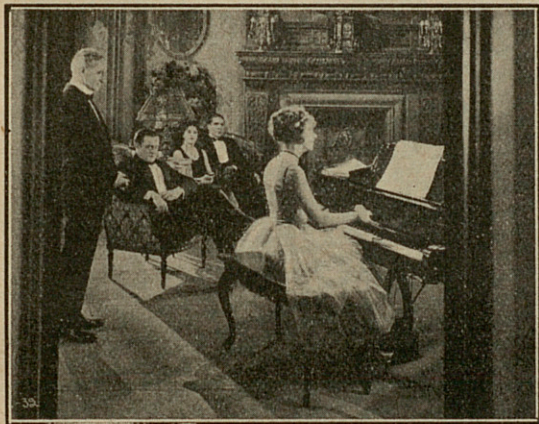
Rosa Bell no quiso responderla. ¡Esas intelectuales!... Y continuó hablando con Barry en voz queda mientras Nina, sin sentirse agitada en lo más mínimo por los celos, se reía del fiscal y de la otra.

Después de la comida, hubo un poco de música. Cuando una mujer quiere impresionar a un hombre, o le pega un tiro o le canta una balada.

Rosa ante el piano tocaba y cantaba, poniendo to-

do su arte en la canción para impresionar al fiscal. Pero éste, cabeceaba, se dormía... Tenía la viuda una voz dura, poco flexible, monótona...

Pero cuando él se dió cuenta de que Nina sonreía



Rosa, ante el piano, tocaba y cantaba...

ante su sueño, desperezóse rápidamente y aplaudió con calor...

Nina se echó a reír... ¡Tontuelo! ¡Ella conocía las tretas para engañar el corazón!... ¡Ingenuo!

Marchó hacia el jardín. Barry la vió desaparecer y se sintió agitado por una extraña inquietud. Y salió al encuentro de Nina.

—¿Qué te parecen esos cantos, Nina? Rosa tiene una voz que promete, ¿no es cierto?

—Todas las mujeres como ella suelen tenerla...

—No sé por qué...

—¡Ya lo creo! Es el tipo ideal para ti, sumisa y zalamera...

—No digas tonterías, Nina, bien sabes tú que no siento el menor interés por ella.

Y quiso abarcar con sus brazos el lindo talle de la abogada.

—¡Nina... tú lo eres todo para mí... todo!...

—Sea usted comedido, joven — contestó ella, riendo—. No sea que Rosa vaya a protestar.

—¡Que se vaya al cuerno Rosa!

—¡Qué buena idea!... ¡Es tan graciosa esa viuda con sus monadas y travesuras! Primero te pondrá por las nubes y te pedirá que la mimes... Luego buscará una excusa para arrimarse a ti... y se sentirá gata y querrá jugar al escondite.

Quería imitar ante Barry los movimientos insinuantes que haría Rosa en tal caso.

—Es una coquetuela y tú caerás... como un niño, en sus garras...

Barry no toleraba aquella broma. Le sabía a acíbar que Nina tomase las cosas con tal tranquilidad; hubiera preferido un arrebato de celos, el fuego que surge avasallador de un corazón enamorado... Pero aquella indiferencia, aquel donaire burlón... ¡eso no!

La estrechó de pronto en sus brazos con un ademán protector, de hombre que ama.

—¡Pepe! — respondió ella, dulcemente—. ¡No seas atrevido!

Y por un momento pareció olvidar su desdén para sentirse presa en la cadena del amor.

—¡Nina! ¿Cuándo nos casamos?

Y la acariciaba con suavidad...

La joven reaccionó rápidamente y deshizo el abrazo.

—¿Casarnos? ¿Quién habló de casamiento? Del mío no será... Si acaso el de la viuda, que ya tiene práctica en esos asuntos...

—Mujer, esto no puede seguir así... Sé razonable...

—¿Por qué? Nunca me he divertido tanto como ahora. Me encanta esa viuda coqueta...

Y huyó del jardín, no sin antes arrancar una rosa de un rosal y tirarla a los pies de Barry.

Este aspiró con fruición aquel perfume de la tierra... ¡Oh, Nina... Nina!... ¿Por qué debía ser abogada?... ¿Por qué no debía ser única y exclusivamente, una mujer para él, alejada de la actividad de los negocios?

A la mañana siguiente recrudeció la ofensiva en la "Batalla de los sexos".

En el campo de tennis, ante los invitados de Barry, el fiscal y Nina jugaron una interesante partida. La lucha fué enconada, dura, parecía que en ella ponían los dos contendientes los prestigios en pugna de sus sexos.

La lucha terminó con el triunfo de Nina, a quien felicitaron sus amigos. Rosa entretanto decía al fiscal:

—¡Qué magnífico es usted! ¡La dejó ganar!

—¡Oh, no!... Me ganó porque juega mejor...

—¿Está usted seguro?

Nina, desde lejos, sonrió a Barry. ¿Qué tal la viuda? ¡Ah, mosquita ingenua, iban a cazarle!

Barry, queriendo librarse de aquella mirada irónica, gritó:

—¡Bueno... señores... todo el mundo al agua!

Y separándose de Rosa, poco después se tiraba de cabeza a la piscina. Nina y otros invitados se bañaban también. Y la viuda paseaba junto al agua, sonriendo al joven fiscal.

Dieron los bañistas algunas vueltas por la mansa y tranquila superficie azul, y luego Nina, perseguida por Barry, salió del agua, sentándose al borde del pavimentado mosaico de la piscina.

—Vamos, Nina — le dijo—. Hoy vuelvo a preguntarte... de corazón: ¿cuándo fijamos la fecha para nuestra boda?

Ella se echó a reír, alborozada. ¿Casarse? ¿Por qué no? Al fin y al cabo ella amaba al fiscal...

—Miremos la cosa friamente — Pepe — le dijo—. Lo único que nos desune, que separa nuestros caracteres, es mi carrera, ¿no es así? Porque en cuanto a Rosa...

—No hables de ella. Te juro que no me interesa nada...

—Bien... pero ¿y lo otro? No te gustan las mujeres abogados, ¿no es eso?..

—Naturalmente — respondió desconcertado—. Si tú quisieras podrías evitarme ese disgusto.

—Uno de nosotros tiene que ser lo bastante desinteresado para ceder — agregó ella—. Mira, habremos como dos negociantes. Yo estoy convencida de que soy más hombre que tú... en todos sentidos.

—¡Nina..!

—No protestes. Por lo tanto, voy a hacerte una proposición.

El tembló. ¡Esa muchacha! ¿Qué se le habría ocurrido?

—Escúchame. Las tres próximas veces que nos hallemos frente a frente, sea en lo que sea, resuelve-

remos la cuestión. Si de las tres, yo gano dos, me quedo con mi profesión de abogado. Y si tú ganas, me rindo sin condiciones, abandono para siempre mi carrera y seré la mujercita que tú sueñas, de su casa, de su cocina...

Por un momento vaciló Barry. ¡Oh, si ganase él! Qué felicidad ver a Nina renunciando a su carrera de abogado... Pero si ella vencía, iba a perderla por completo, pues no estaba dispuesto Barry a casarse con una mujer que ejerciera en el foro y en los asuntos facultativos de la profesión quisiera darle lecciones.

—¡Aceptado! — dijo—. Y sellemos el pacto con un beso...

Acercó los labios, pero Nina esquivando el beso se tiró a la piscina, seguida de Barry. Mas nadando por el fondo, pronto desapareció a la persecución de su novio.

Barry fué llamado por la viuda, y algunos invitados.

—Estamos combinando las parejas para las carreras de natación — dijo Rosa—. Usted será mi compañero, ¿no?.. Tenga mi papel...

Iba a dárselo cuando apareció Nina Duane y se apoderó de él.

—¡Espléndido! — dijo Nina riendo—. Entraré en la misma tanda que Pepe...

La viuda quedó rabiando contra aquella intrusa. Y tuvo que resignarse a buscar otro compañero.

Iba a comenzar la carrera. La primera pareja sería la de Nina y Barry. Ella sonriente le dijo:

—¿Va el primero de nuestros torneos particulares?

—Sí...

El árbitro dió la señal. Barry y Nina se echaron a la piscina. Debían atravesarla por seis veces.

Los dos corrían desesperadamente con el ánimo de ganar la primera apuesta.

La lucha fué muy igualada durante las primeras vueltas, pero pronto se impuso la superioridad del joven quien llegó, al finalizar la sexta vuelta, el primero a la meta.

¡Había triunfado! Una sonrisa de satisfacción le iluminó el rostro. Salió de la piscina entre los aplausos de los amigos. Nina corriendo hacia él le dió la mano. No parecía disgustada; había ganado su adversario en noble lid y ella lo reconocía.

—¡Ya tengo una, Nina...! Puedes comenzar a despedirte de tu profesión.

—No tan de prisa... No te olvides que todavía quedan dos...

Y se volvió a tirar al agua, sonriente, confiada en sí misma, nadando en la superficie azul, mostrando su esbeltez de sirena.

Unos días más tarde, Nina Duane se había reintegrado a su despacho de abogado. Había realizado únicamente la primera apuesta, faltaban otras.

Aquella mañana Nina se hallaba estudiando varios asuntos, cuando entró en el despacho el afeminado secretario de ella.

Se habían invertido los términos, ella era la mujer

decidida, viva, activa; el otro, el hombre delicado a quien una corriente de aire mataría.

—Dos individuos de aspecto tosco y rústico insisten en ver a usted, y me han dado estas tarjetas.

Nina leyó:

*J. MARTIN
Concejal*

*J. FLANIGAN
Contratista de obras*

—Pregúnteles qué desean...

El secretario volvió a la antesala donde aquellos esperaban y les dijo:

—Insisto en que declaren el objeto de su visita, antes de permitirles entrevistarse con mi jefe.

Uno de los individuos era alto como un gigante. El otro, pequeño, menudo. El primero le miró con rostro agresivo.

—¿Qué está usted diciendo?

—Estaba reflexionando en voz alta — respondió el secretario, tembloroso.

El gigante se echó a reír.

—¿Has oído lo que dice Margarita, Flanigan? — Y señaló al presumido joven a quien acababa de poner nombre femenino. ¿Qué hago? ¿Le doy un beso o lo estrangulo?

Horrorizado, el secretario se apartó. Y Martín, el gigante, después de apartarle a un lado entró en el despacho de Nina.

El muchacho tembló. ¿Quiénes serían aquellos hombres de maneras tan bruscas? Y penetró tras ellos en el despacho de Nina.

—Desearíamos hablar a usted a solas — dijo Mar-

tín a Nina—. ¿Tiene usted la bondad de decirle a la niña que se retire?

Nina se echó a reír y con una mirada ordenó al secretario que saliese.

—Ustedes dirán — dijo ella, ofreciéndoles unos puros que Martín se apresuró a coger a granel, mientras su compañero se limitaba a alcanzar uno y a tritularlo entre dientes.

—Señora, aquí estamos porque necesitamos un abogado. ¿No es eso, Flanigan?

—Cabalmente Martín, — respondió el otro, con la boca llena del tabaco mascado.

Nina fumaba tranquilamente un cigarillo oriental.

—Lea usted — dijo Martín.

Lina tomó un periódico:

“El fiseal José Barry se encarga del proceso contra Abel Garrity (a) “El Zorro”. La vista de la causa el próximo viernes promete revestir caracteres sensacionales”...

En breves palabras Martín explicó a Nina el asunto. Garrity era inocente esta vez.

—El “Zorro” no es ningún ángel, pero en este caso está pagando el pato por otro. ¿No es eso, Flanigan?

El pequeño respondió con la cabeza.

—Y venimos a rogarle se encargue usted de la defensa de ese hombre... Es de nuestro pueblo y es inocente del robo y asesinato de que le acusan...

Nina meditó unos momentos. Su primera intención fué la de negarse a aceptar. Pero volvió a leer el nombre de José Barry, de su novio... y sonrió... ¡No estaría mal... no estaría mal! Encontrarse frente a frente, los dos en la Audiencia!.. Sería el segundo de los torneos concertados.

—Perfectamente, señores, acepto el caso.

—Muchas gracias, señora...

Le entregaron varios documentos para que ella estuviera bien orientada.

Los dos hombres se retiraron y antes de marchar, Martín le dijo:

—Señora, una sonrisa de usted vuelve tarumba a cualquier jurado... Ganaremos...

Y salieron, contentos de haber acudido a la bella abogada, cuyo rostro franco y noble sólo podía defender las hermosas causas de la justicia.

Nina riendo, llamó por teléfono al fiscal.

—¿Cuándo celebramos nuestro segundo encuentro, Pepito?

—Cuando quieras y donde quieras — le respondió alegremente él.

—¿El viernes?... — dijo con toda intención.

Barry consultó un librito y respondió:

—El viernes no puedo... tengo la causa contra Garrity...

—¡Magnífico! ¡Yo soy su defensor! — gritó Nina, sin poder contener una carcajada.

—¿Tú...?

—Sí, amiguito, nos veremos el viernes...

Barry quedó anonadado. ¡Ella en la Audiencia contra él! ¡Pues era necesario vencer, luchar para obtener un éxito! No era ya el objeto de la apuesta, sino la rivalidad de sexos luchando en el mismo oficio.

Y empezó a consultar libros y textos legales para documentarse bien y poder alcanzar el triunfo.

Y allí, en su bufete, Nina seguía trabajando.

Llegó el viernes, el día de la causa. Iba a realizarse el segundo encuentro con Cupido en la barrera y la Justicia de presidente.

Entre el público, numeroso por el deseo de ver actuar una mujer, se encontraban Martín y Flanigan. También Rosa Bell, la entrometida viuda, había acudido deseosa de presenciar la original lucha entre aquellos jóvenes.

Iba a comenzar la vista. El Presidente y los jurados ocuparon su puesto. Nina Duane junto al procesado guardaba la serenidad tranquila de quien está seguro de la victoria. De vez en cuando lanzaba miradas irónicas a José Barry que desde su sitio de fiscal miraba duramente a su novia. ¿Es que quería ponerle en ridículo?

Abel Garrity, el procesado, tenía aspecto casi brutal, de hombre vencido al margen de la ley. Pero esta vez era inocente y le habían detenido por error.

El Presidente concedió la palabra al fiscal. Este se levantó paseando una mirada orgullosa por el estrado, fijándola luego en Nina, su amada, su novia, con la que tenía que luchar. Pero vencería esta vez. Y para él el combate era definitivo. Llevaba ya ganada la anterior apuesta y si triunfaba ahora, Nina debería abandonar su profesión de abogado.

—Señores jurados — comenzó diciendo—. Nuestra misión consiste en probar que el acusado, Abel Garrity, es culpable de todo... Sí, señores, él es responsable del robo y asesinatos del proceso...

Con frase enérgica, vehementemente, explicó lo ocurrido acusando concretamente a Abel de ser el autor.

—Si alguna vez en la vida, el crimen y la maldad se han visto retratados en un semblante, es en este caso. Ahí lo tenéis, en esa cara!... Sin duda el abogado defensor tratará de pintarnos a su cliente como un ser inofensivo. Pero, señores, ¿han visto ustedes una cara más ofensiva? Garrity es un belitre de la

peor especie. ¡Es un denigrador, un malandrín y un apóstata!

Y señalaba al procesado con un ademán enfurecido, violento. El deseo de ganar la apuesta le hacía



...un gesto de Nina, le contuvo...

acusar con mayor ánimo a Abel Garrity. Este, indignado por las palabras insultantes del fiscal, se levantó, pareciendo ir a lanzarse contra él. Pero un gesto de Nina le contuvo. ¡Calma... un poco de paciencia!

—Con palabras zalameas y sonrisa irresistible, la defensa hablará de la inocencia del acusado— siguió diciendo el fiscal—. Pero desconfiad. La sonrisa y el hechizo de la mujer no deben influir para

nada en vuestra decisión. Hechos y sólo hechos es lo único que debéis tener en cuenta.

Había terminado. Sus palabras habían sido rotundas, vibrantes, llenas de emoción. El procesado inclinó la cabeza... Temía por su suerte. Barry se sentó... Dirigió una mirada a Nina. ¿Qué tal? ¡Esta vez perdía ella!... Y Nina, muy tranquilamente, le sonrió... ¡Muy bien... muy bien... Barry... qué elocuentemente se expresaba!

Pero le tocó el turno a Nina y con suavidad, sin grandes gritos, comenzó a decir:

—Acaban ustedes de oír las efusiones de oratoria de nuestro docto fiscal. Hemos sido atacados con adjetivos, asaltados con adverbios, e inundados con una avalancha de sustantivos. Señores del Jurado, permítanme que les felicite por su extremada prudencia. No son los hechizos ni las sonrisas de la mujer los que sometemos a vuestro inteligente juicio, sino la inocencia del acusado.

Hablaba suavemente, pero sus palabras parecían herir a Barry. Este la escuchaba en silencio, con frialdad. El público asentía a las manifestaciones de Nina.

—Señores, la conducta de este hombre es irrecusable, es impecable — siguió ella—. Este hombre sufre las consecuencias de este terrible vilipendio.

Flanigan comentó al oído de su compañero:

—¡Vilipendio! ¡Cáspita! De eso murió mi padre.

—Señores, yo probaré que el acusado no ha cometido ese crimen. El señor fiscal no puede presentar más que evidencias circunstanciales... pero yo someteré pruebas positivas e irrefutables... ¡Mirad al acusado! ¡Esa cara es su perdición!

Le señalaba fijamente para que todos notaran la fealdad triste de Abel.

—Pero su alma... su alma es tan pura como el rocío. ¡Ahí lo tenéis! ¡La inocencia personificada, pidiendo justicia con el candor de un niño en la cuna que llama a su madre! Señores jurados, confío en vuestra inteligencia e integridad. Pero si condenáis a mi cliente no será porque sea culpable... será porque yo carezco de habilidad para defenderle...

Luego presentó pruebas para justificar su inocencia y terminó con una invocación a la justicia.

Había terminado con voz emocionada, los ojos casi bañados de lágrimas. Algunas mujeres del público lloraban también... Reinaba un imponente silencio... Abel sonrió dulcemente a esa defensora magnífica.

Barry la había estado oyendo con interés. ¡Ah, diablo! ¡Con qué belleza y sentimiento revestía ella sus palabras! ¡Era capaz de ganar! Y miró sonriente a Nina que se limpiaba los ojos humedecidos, porque en la defensa de la causa había puesto no únicamente el interés por la apuesta, sino la bondad de su corazón.

El jurado se retiró a deliberar y unos momentos después dictaba el veredicto.

—¡Absuelto!

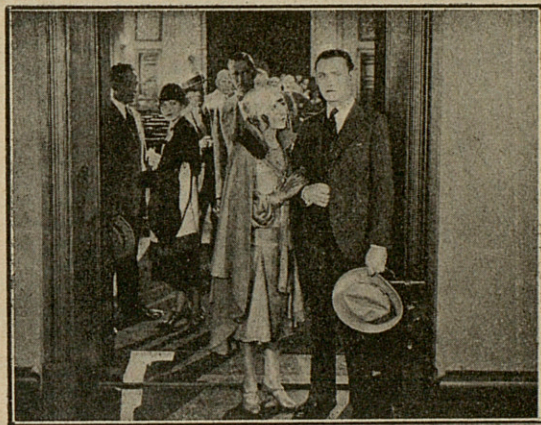
Aquellos hombres del jurado se habían conmovido ante el arrebato de la mujer. Y una tempestad de aplausos acogía ese agradable fallo.

Barry, repentinamente serio, se alejó, mientras los periodistas y el público rodeaban a Nina, felicitándola. Abel Garrity besaba las manos de su protectora.

La viuda Bell salió al encuentro del fiscal...

—Siento mucho que haya usted perdido, señor Barry.

—¿Qué vamos a hacerle? ¡Paciencia!...



---Siento mucho que haya usted perdido, señor Barry.

Vió que Nina se dirigía a la puerta y corrió hacia ella.

—¡Nina!

—Estamos iguales, Pepe — dijo riendo ella... — Ganamos uno cada uno...

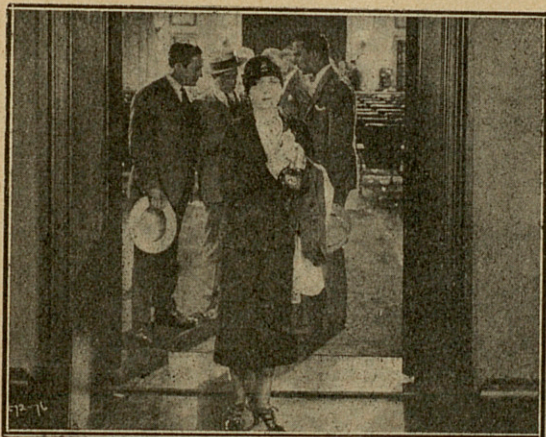
—Falta la última apuesta... La ganaré yo...

—¿Estás seguro?

Pero ya el público, especialmente las mujeres, volvía a rodear a Nina, aclamándola por su éxito.

—Su triunfo contribuirá grandemente a probar la superioridad de la mujer.

Barry salió acompañando a la viuda. Estaba pro-



...ella salió también...

fundamente disgustado. ¡Perdía la apuesta y además, una mujer, abogada, le derrotaba a él en su propia carrera! ¡Qué humillación!

Nina le vio alejarse, desdeñosa... Luego ella salió también con su sonrisa fina y seductora, contenta del deber cumplido.



La justicia había fallado el caso, pero Cupido no se daba por vencido.

Barry al día siguiente sintióse herido en su amor propio. En la batalla de los sexos comenzaba a llevar las de perder. Y a pesar de todo, amaba a Nina, pese a su carrera de abogado y a los triunfos de su profesión. Era ella el amor, lo único...

La viuda Bell no le interesaba. Se había despedido muy serio de ella el día anterior, al salir de la Audiencia.

Estuvo tentado varias veces de llamar a Nina por teléfono y exponerle que no podían continuar aquellas rivalidades... Se amaban y cada uno debía ceder un poquito. Pero un resto de orgullo le contuvo y no llamó.

Y también en su bufete, Nina experimentaba un cierto malestar. Quiso telefonear a su amigo con ánimo de quitarle el mal sabor de la anterior derrota, pero vaciló, orgullosa... ¡Bah!... esperaría...

Aquel mismo día dos damas y un caballero visitaban a Nina Duane. Llevaban la representación de la Liga Progresista y le dijeron:

—Hay que efectuar de nuevo elecciones de fiscal. Barry se presenta a la reelección y venimos a ofrecerle a usted dicho cargo que usted merece después de su triunfo de ayer...

La mayor sorpresa se pintó en el rostro de Nina. De nuevo el destino les ponía frente a frente a ella y a Barry. Sería la última contienda, la definitiva.

—No sé—dijo—; me asusta este cargo...

Pero en realidad le horrorizaba la idea de ponerse demasiado enfrente de su amigo. ¿Irían a una ruptura total?

Los visitantes le mostraron un periódico que hablaba de que era casi segura la reelección de Barry.

—Hemos de obrar rápidamente si queremos vencer, señorita...

—Bien... bien... llámenme por teléfono dentro de una hora y les daré a conocer mi decisión.

Luego, cuando los representantes de la Liga Progresista salieron, Nina llamó por teléfono a Barry. En el momento decisivo se sentía sin fuerzas para proseguir, pero quería dar a su novio una última lección.

—Pepe —le dijo—, estoy dispuesta a solucionar de una vez nuestras dificultades.

El fiscal, que tampoco pensaba en otra cosa, respondió:

—Muy bien... ¿qué piensas hacer?

—Desearía... quisiera que vinieras para discutirlo.

—Bueno, si tengo tiempo iré a tu casa —contestó, aun desdeñoso.

Y poco después, José Barry llegaba a casa de Nina. Esta le recibió exquisitamente amable.

—Pepe, te pedí que vinieras porque...

Vaciló un momento. Parecía no atreverse a confesar.

—Quiero decirte... En fin, supongo que habrás leído la noticia.

Le mostró el periódico en que se daba ya como seguro el triunfo de Barry para fiscal.

—Sí —dijo el joven muy ufano—. En esta contienda no habrá mujeres que me puedan vencer. Al fin y al cabo se acude siempre al hombre para los cargos importantes.

Ella le miró con una sonrisa de dicha... ¡Ton-tuelo!

—¿Y no te preocupa la fuerza que pueda tener la oposición?

—¿La oposición? ¿Quién se atreverá a presentarse contra mí?

—A veces... se tienen grandes sorpresas.

Llamaban al teléfono. Nina corrió al aparato. Era su secretario que la decía:

—Los documentos para el caso Sherman están ya preparados.

Nina ideó vengarse de manera bella y respondió como si hablara con la Presidenta del Club Progresista.

—¿Quién? ¿La señorita Armstrong de la Liga Progresista?

El pobre secretario respondió asustado:

—¿La señorita... qué?... pero... no la comprendo...

Mas, dispuesta a seguir la broma, para mortificar a Barry, ella contestó:

—¿De modo que quiere usted decir que el partido quiere que yo sea su candidata para el cargo de fiscal?

Los ojos de Barry se abrieron enormemente. ¡Ella... ella... su novia, disputándole el cargo!

—Perfectamente —siguió diciendo Nina ante el aparato como si continuase una conversación— Acepto el nombramiento de candidato a fiscal.

Dejó el teléfono y se acercó tranquilamente a su novio. En realidad no deseaba aceptar el cargo, pero quería humillar al hombre que se consideraba superior.

—¿Tú candidato a fiscal contra mí? —preguntó él, asombrado—. ¿Pero, te has vuelto loca? No. Nina, esa apuesta no puedo aceptarla... Nos enemistaría para siempre.

Iba ella a replicar cuando penetró en la estancia

el secretario de Nina que venía a enterarse de lo extraño de aquella conversación.

—Señorita, no he entendido una sola palabra de lo que usted me dijo por teléfono hace un momento... Que yo soy la Presidenta de la Liga Progresista, no comprendo...

Ella le dirigió una mirada de furor... ¡Estúpido! ¡Echaba a perder el plan! Y Barry, comprendiendo el engaño, exclamó:

—Conque ese era el partido progresista, ¿eh?... Querías asustarme con tus bravatas pero no lo has conseguido... Ea, he acabado contigo —dijo con una sonrisa enigmática—; voy a hablar con la señora Rosa Bell, mi buena amiga... Nada quiero saber de ti...

Nina le miró atemorizada, sin saber qué se proponía su amigo... Barry descolgó el teléfono... Quería vengarse con las mismas armas que usaba su novia: la broma.

Aparentó llamar, pero tuvo buen cuidado en sujetar el timbre a fin de que no respondieran de la Central.

Inició una falsa conversación telefónica.

—¿Rosa? Yo soy Pepe... Estoy bastante aburrido... ¿Quiere usted cenar conmigo? Donde usted quiera...

Nina le miraba, repugnándole ese antiguo novio que la abandonaba así... Ella que había dudado un momento, aceptaría ahora la candidatura contra Barry. Celosa quitó el enchufe telefónico, y con gran sorpresa vió que Barry seguía hablando como si tal cosa. ¿Qué significaba aquello? Al ver que el fiscal apretaba con sus manos el timbre, comprendió la verdad. La engañaba, telefoneaba sólo en apariencia;

tampoco él sentía, pues, realmente lo que decía... Se habían engañado los dos... los dos, hartos de lucha, se amaban en el fondo.

—Pues hasta luego... chiquilla... Rosa... sí... sí... a las once.

Dejando el teléfono volvió campechano junto a Nina. Esta le dijo, riendo:

—Con qué dulzura le hablas al aparato...

Y señaló el cordón sin enchufar.

Barry dióse cuenta de que había Nina descubierto su engaño y gritó:

—¡Ya estoy harto de tanta tontería! ¡Con contienda o sin contienda, te vas a casar conmigo! Y no serás candidata a fiscal...

—¡Que te crees tú eso!... ¡Pues no faltaba más! Lo seré...

Disputaban graciosamente, los dos habían querido engañarse para darse celos; querían proseguir la batalla de los sexos, pero el amor les hablaba de paz...

De pronto volvió a entrar el secretario y dijo a Nina:

—El partido progresista llama al teléfono...

—¿Aceptarás?—gritó el fiscal, indignado.

—Sí... ganaré la última apuesta.

Alzóse lentamente y dirigiéndose al secretario le dijo:

—Diga usted a la Presidenta... que... no puedo aceptar la candidatura.

Barry la miró con extrañeza...

—¿Pero... no habías dicho que...?

Ella se dejó caer en un sillón.

—Así soy yo... —contestó riendo — Así somos nosotras las mujeres, héroe mío... Creéis los hombres que por encima de todo nos seduce la carrera,

el triunfo en el mundo... y os equivocáis... Mira, por no disgustarte... no quiero ganar la última apuesta... que ganaría... Te amo, Barry mío... Tú serás el fiscal... yo no pienso arrebatarte el puesto... Dejaré de ejercer mi carrera, públicamente... Pero seré tu ayudanta, tu mujercita... También en el hogar se puede ser un buen abogado, ¿no?

El la miró con alegría, con inmenso amor... No había comprendido hasta entonces de lo que es capaz el sexo débil... Cuando ama lo sacrifica todo, sus aspiraciones, su carrera, en aras del dueño de su corazón...

Y Barry la besó en señal de paz, admirando el gesto de su novia. Acababa la batalla; ninguno de los dos vencía en realidad; el amor era el único triunfador.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO

La emocionante novela

LUZ DEL DESIERTO

por Kathleen Key y Francis Mac Donald

Producción METRO-GOLDWYN

Precio: 25 cénts.

LA NOVELA METRO-GOLDWYN aparecerá todos los viernes

